

El sueño de Jacob

En una ocasión salió Jacob de viaje. Como llegase a cierto lugar, decidió pasar allí la noche, porque el sol ya se había puesto. Para ello tomó una de las piedras del lugar, colocóse la por cabegal y se tendió en aquel sitio. Luego tuvo un sueño: era una escala que se apoyaba en la tierra y cuyo remate llegaba al cielo, y he aquí que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. Jehová estaba parado en la cima de ella y dijo: “Yo soy Jehová, Dios de tu padre Abram y Dios de Isaac. Te daré la tierra sobre la que yaces, a ti y a tu descendencia, y será tu posteridad como el polvo de la tierra, y te propagarás a poniente y oriente, a norte y mediodía y serán benditas en ti y tu prole todas las gentes del orbe. Mira, yo estaré contigo y te guardaré dondequiera que vayas y te restituiré a esta tierra, pues



EL SUEÑO DE JACOB

no te abandonaré hasta que haya cumplido lo que te he prometido.”

Despertóse luego Jacob de su sueño y exclamó: “Verdaderamente Jehová mora en este lugar y yo no lo sabía.”

Madrugó Jacob mucho, tomó la piedra que había colocado por cabecera, la asentó como marca y derramó aceite sobre ella, y juró:

“Si Dios estuviere conmigo y me guardare en el viaje que llevo, y me diere pan para comer y traje para vestir, y volviese con felicidad a casa de mi padre, Jehová será mi Dios, y esta piedra que he erigido en monumento será casa de Dios, y de todo lo que me dieres, te ofreceré fielmente el diezmo.”



José y sus hermanos

Jacob se casó con Raquel y tuvo muchos hijos, pero su predilecto era José por haberlo tenido en la vejez, y habíale hecho una túnica de varios colores.

Cuando sus hermanos notaron la preferencia de su padre por José, lo odiaron profundamente.

Además, José tenía sueños en los que el sol, la luna y las estrellas se prosternaban ante él. Los hermanos lo odiaron más por pretender reinar sobre sus padres y sobre ellos.

Un día, cuando los hermanos estaban pastoreando, Jacob lo envió a ellos.

Los hermanos lo distinguieron desde lejos, porque ninguno poseía una túnica de tan variados colores como José.

Inmediatamente pensaron matarlo para acabar con sus sueños.

Pero uno de los hermanos propuso que lo vendieran a una caravana que iba rumbo a Egipto.

Y así José fue vendido como esclavo. Pero Dios estaba con él.

Con el tiempo llegó a ser el gobernador de Egipto y salvó a sus hermanos y a su padre de una carestía y se los llevó a vivir con él a Egipto.



Moisés en el juncal

Pasaron los años y los hijos de Jacob (o de Israel, como se le llamaba) prosperaron en Egipto.

Ahora bien; alzóse en Egipto un rey nuevo que no había conocido a José, y dijo a su pueblo: "Mirad que el pueblo de los hijos de Israel es más numeroso y fuerte que nosotros. Ea, obremos sagazmente con él para que no se multiplique y suceda que nos sobrevenga una guerra y se sume también él a nuestros enemigos, pelee contra nosotros y se marche del país. Todo niño que nazca a los hebreos lo arrojaréis al río; mas dejaréis con vida a todas las niñas."

Sucedió que en una de las familias de los hijos de Israel nació un niño. Lo escondieron cuanto pudieron y al fin la madre cogió un cestillo de papiro, lo forró para que el agua no se introdujera



en él y lo colocó en un juncal, a la orilla del Nilo.

Y bajó la hija del faraón a bañarse y se encontró al niño. Entonces ocupó a la madre del niño para que lo criase.

Cuando el niño creció, se lo llevó al palacio. La princesa lo llamó Moisés, y lo educó como si fuera su real hijo.





Moisés y la zarza ardiendo

Pronto se dio cuenta Moisés de lo mucho que sufrían los de su pueblo, y al intentar ayudarlos, provocó sobre él la ira del faraón. Por esto tuvo que huir refugiándose en el desierto y convertirse en pastor.

Un día, un ángel del Señor se le apareció entre una zarza ardiendo y vio Moisés que la zarza no se consumía. Y al acercarse al fuego oyó que una voz le decía: “Yo soy el Dios de tus antepasados. He contemplado la aflicción de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus opresores. He venido para darles una tierra buena y espaciosa que mana leche y miel. Y tú los guiarás.”

Moisés se cubrió el rostro, pues temió fijar en Dios la vista.

“¿Quién soy”, dijo Moisés, “para guiar a mi pueblo? Ni siquiera me oirán, pues soy torpe para hablar.”

Y el Señor le respondió:

“¿Quién hizo la boca del hombre? ¿No he hecho yo al hombre? Ve y yo te enseñaré a hablar.”



Paso del mar Rojo

El Señor estaba con Moisés y a través de su mano hizo grandes maravillas. El faraón no quería que el pueblo de Dios se marchase porque trabajaban como esclavos.

Pero el Señor envió millones de mosquitos y plagas de langostas, rayos y granizo. Envío tinieblas, terribles y espantosas enfermedades hasta que el faraón dijo a Moisés: "Sal tú y todo el pueblo que te sigue."

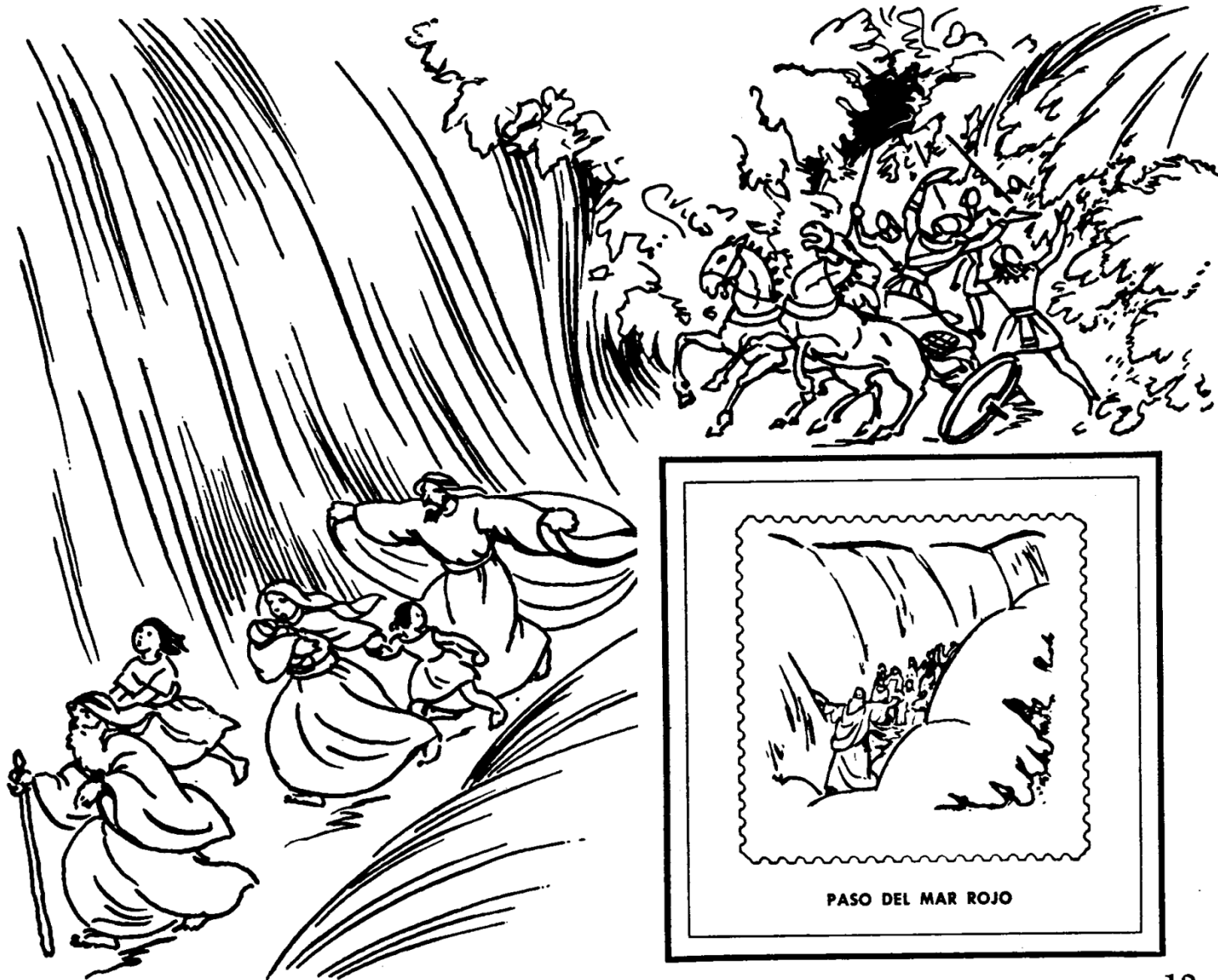
Y Moisés los guió. El Señor iba delante de ellos envuelto en una columna de nube y en la noche en una columna de fuego.

Pero el faraón arrepentido de haberlos dejado partir, se fue tras ellos con sus carros de guerra y los alcanzó en la orilla del mar Rojo.

Entonces los hijos de Israel tuvieron miedo, pero el Señor estaba con ellos y dijo a Moisés: "Tú alza tu vara, extiende tu mano sobre el mar y lo hendirás."

Y Moisés extendió su mano y el mar se dividió y los hijos de Israel cruzaron el mar por tierra seca.

Pero cuando los egipcios los siguieron, el mar se cerró sobre ellos y los ahogó. Así fue el Señor el salvador de sus hijos que creían y confiaban en Él.





Los diez mandamientos

Al tercer mes de salidos de Egipto los hijos de Israel llegaron al desierto de Sinaí. Y Moisés subió al monte y habló con Jehová.

El Señor le dijo: "Si guardáis mi pacto seréis entre todos los pueblos mi propiedad particular, una nación santa."

Y Moisés contó a su pueblo lo que habían pactado.

Entonces Moisés regresó al monte envuelto en una densa nube. Allí escribió Dios las tablas de la ley:

Amarás a Dios sobre todas las cosas.

No jurarás el nombre de Dios en vano.

Santificarás las fiestas.

Honrarás a tu padre y a tu madre.

No matarás.

No fornicarás.

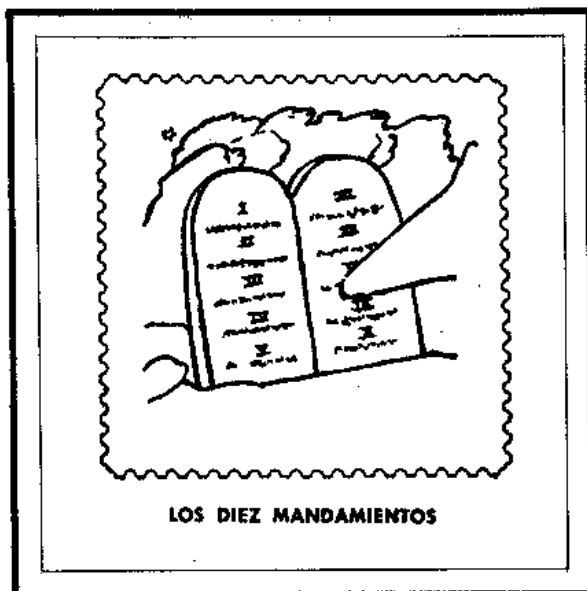
No hurtarás.

No levantarás falsos testimonios ni mentirás.

No desearás la mujer de tu prójimo.

No codiciarás los bienes ajenos.

Todas estas leyes entregó Dios a Moisés en tablas de piedra escritas con Su dedo, mientras el pueblo esperaba al pie de la montaña.



LOS DIEZ MANDAMIENTOS

El becerro de oro

Moisés permaneció en el monte Sinaí durante cuarenta días y cuarenta noches escuchando las leyes del Señor. Mientras tanto la gente empezó a temer y se congregó en torno a Aarón y le dijo: "Haznos un dios que vaya delante de nosotros; pues ese Moisés ha desaparecido."

Entregaron a Aarón los zarcillos de oro y él los fundió y formó con ellos un becerro.

Al verlo el pueblo exclamó: "Este es tu dios, Israel, el que te ha sacado de Egipto", y le ofrecieron holocaustos y después hicieron fiesta.

Viendo esto el Señor exclamó: "Déjame que se encienda mi cólera contra ellos y los consuma." Pero Moisés le imploró perdón y lo consiguió.

Entonces Moisés bajó del monte con las tablas de la ley y cuando vio el becerro y a la gente danzando a su alrededor arrojó las tablas contra el suelo y las quebró.

Derritió el becerro en el fuego y lo



molió hasta dejarlo hecho polvo, esparciéndolo después en agua que hizo beber a los hijos de Israel.

Después, el Señor les dijo que prosiguieran su camino a la tierra prometida; que les enviaría un ángel para que los guiara pero que Él no los acompañaría porque eran un pueblo terco.

Cuando el pueblo oyó esto, entristeció y ninguno de ellos se adornó con sus alhajas.



La tierra prometida

Y los hijos de Israel cruzaron las llanuras hasta llegar ante la tierra prometida.

Obedeciendo las instrucciones de Dios, Moisés eligió a un jefe de cada tribu y los envió a explorar la tierra.

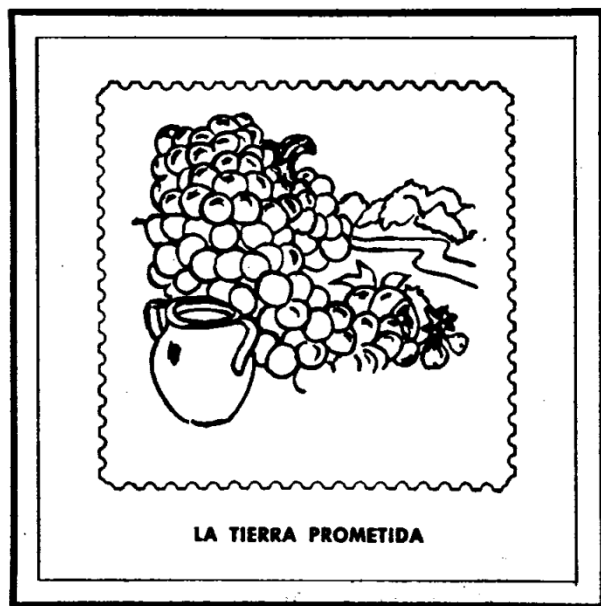
Los hombres regresaron con un racimo de uvas tan grande que tuvieron que cargarlo entre dos en una pértiga. También llevaron granadas e higos.

“En verdad que en esta tierra manan la leche y la miel, ved aquí sus frutos.” Esto dijeron los enviados, pero luego divulgaron falsos rumores que atemorizaron al pueblo: “El país por donde hemos pasado”, comentaron, “es una tierra que devora a sus propios habitantes, y los hombres son tan altos que nosotros junto a ellos resultamos como langostas.”

Entonces los israelitas se olvidaron

de su Dios y exclamaron: “Regresemos a Egipto. Estábamos mejor cuando éramos esclavos.”

Al oír esto el Señor se llenó de ira y les dijo que tendrían que errar cuarenta años más por el desierto antes de llegar a la tierra prometida.





La muralla de Jericó

Antes de que los hijos de Israel terminaran sus peregrinaciones, murió Moisés dejándoles como guía a Josué, que era un hombre sabio y valiente.

A Josué le correspondió conquistar las ciudades de la tierra prometida.

La más importante de éstas era Jericó, la cual estaba rodeada de una alta muralla.

Pero el Señor le entregó a Josué un plano para la conquista de Jericó: "Rodead la ciudad todos los combatientes, dando una vuelta en torno de ella; así haréis durante seis días. Siete sacerdotes llevarán delante del arca siete trompetas de cuernos de carnero, y al séptimo día daréis vuelta a la ciudad siete veces mientras los sacerdotes tocan las trompetas."



Hiciéronlo así y al sonido de las trompetas se derribó la muralla y el pueblo escaló la ciudad cada uno por la parte que tenía enfrente, y se apoderó de ella.



La fuerza de Sansón

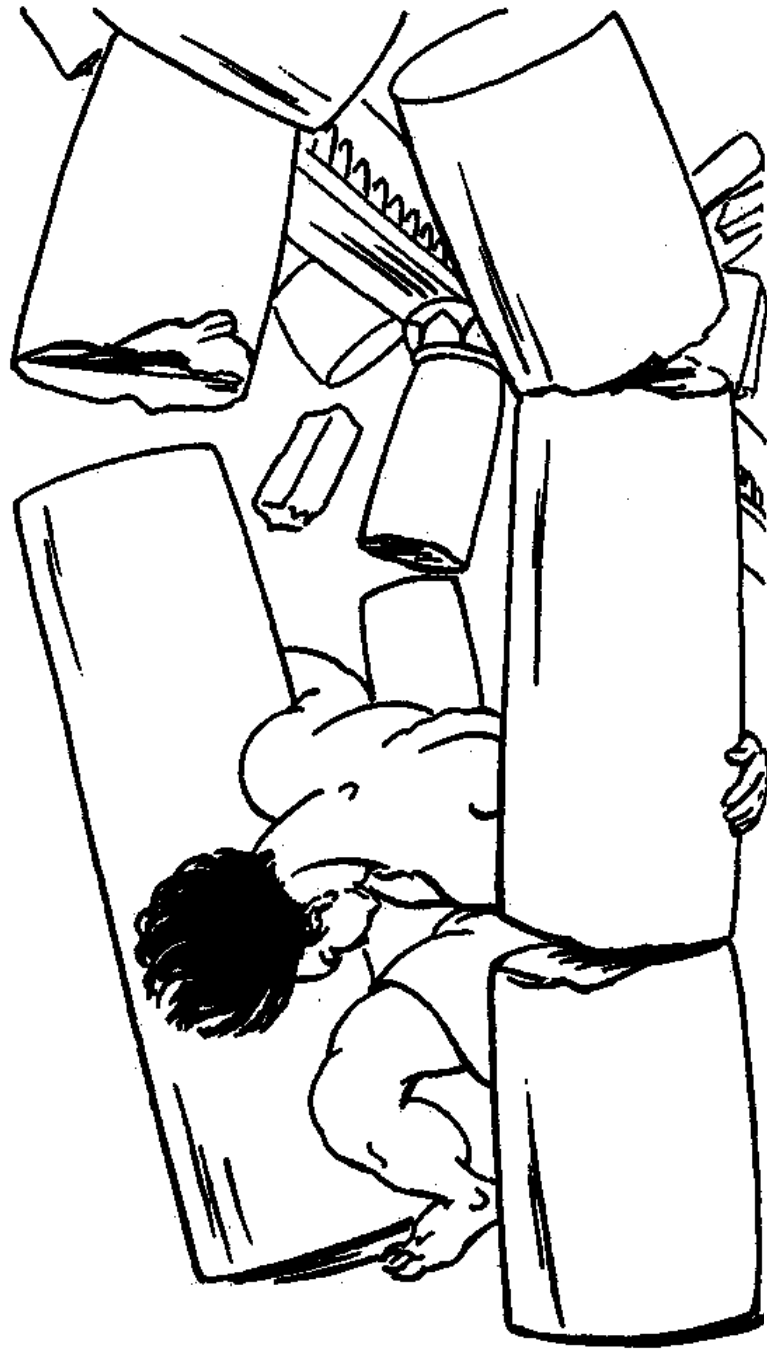
Mas los israelitas volvieron a portarse mal a los ojos de Jehová, quien los entregó en manos de los filisteos por espacio de cuarenta años. Pero al fin envió un ángel a una mujer de Israel para anunciarle que tendría un hijo que salvaría a Israel de los filisteos.

Nació el niño y se le llamó Sansón.

Sansón era tan fuerte que mató a un león con las manos y degollaba filisteos por cientos; por esto los filisteos deseaban capturarlo.

El secreto de su fuerza estaba en su pelo que según el ángel no debería cortárselo nunca. Pero Sansón se enamoró de una filisteo llamada Dalila y a ella le confió su secreto. Entonces Dalila le cortó el pelo y los filisteos se apoderaron de él. Le sacaron los ojos y lo esclavizaron. Parecía que ya nunca podría salvar a su pueblo, pero el cabello le volvió a crecer.

Un día los príncipes filisteos se reunieron para hacer sacrificios a su dios y llevaron a Sansón para burlarse de él.



“Déjame que toque las columnas del templo,” dijo Sansón a su lazarillo. Y cuando estuvo junto a ellas exclamó: “Señor, acuérdate de mí”, y doblándose con toda su fuerza derrumbó el edificio. Sansón murió entre las ruinas con los filisteos, pero su muerte libertó a su pueblo.